

ACTO CONMEMORATIVO

PALACIO DE LA MONEDA

11 de septiembre de 2003

Palabras de S.E. el Presidente de la República
RICARDO LAGOS ESCOBAR



GOBIERNO DE CHILE

3953 04

Es un día para la memoria. Para hacernos cargo, con madurez, de aquel momento de nuestra historia que tanto dolor nos ha causado.

No es éste un momento para el análisis. Por el contrario, es un momento para el recogimiento.

Recogimiento, en primer lugar, ante un acto grande, muy grande: el sacrificio supremo de un Presidente de la República en cumplimiento de su deber ante la legítima investidura que ostentaba; un acto de total renunciamiento personal, tal cual lo hicieron otros Jefes de Estado en nuestra historia Patria.

Recogimiento ante el sacrificio de quienes lo acompañaron, de quienes cayeron ese día, y los días que siguieron, en nombre de una guerra inexistente.

Es un día de dolor. De este dolor que entró en la memoria de la nación, y con el cual debemos vivir.

También es un momento para la reflexión.

Reflexión de un país donde cada día más el dolor se convierte en memoria. En memoria de todos los chilenos. En memoria compartida aunque no necesariamente común, porque es natural que existan visiones distintas de lo acontecido hace 30 años. Reflexión de un país que manifiesta su voluntad que ello no debe volver a ocurrir en nuestra historia.

Es un día de invocación espiritual amplia y ecuménica como lo ha expresado este acto en La Moneda. De reflexión republicana, que no excluye ni puede excluir otros actos similares que tienen lugar en otros sitios de nuestra capital y de nuestro país.

Es también un día de valoración de quienes, a partir de esos momentos de dolor y de tragedia, encarnaron lo mejor del ser humano, protegieron a los perseguidos y lucharon por los derechos humanos.

La historia patria recoge con letras mayúsculas aquellos actos de grandeza que le han dado a nuestra historia su sentido más profundo.

Es también un día de reflexión sobre el sentido de ese sacrificio.

Este sentido no puede ser de rencor ni de división.

Las últimas palabras del Presidente Allende no fueron expresiones de cólera y menos de resentimiento; fueron expresiones que aludieron a un futuro de paz, de bienestar y de justicia social. Por ello permanecieron, por ello pueden tener hoy sentido tanto para sus partidarios como para sus detractores.

Este sentido alcanza toda su plenitud en la medida en que hace más grande y generosa el alma de Chile, en la medida que hace más grande nuestra Patria.

Construir ese futuro es nuestro deber, nuestra tarea.

Construir un Chile donde no vuelva a ocurrir jamás lo que hace 30 años ocurrió, donde jamás los chilenos se vean entre sí como enemigos, donde la diferencias sean parte de la normalidad democrática y no trincheras enfrentadas. Esa es nuestra misión.

Misión que por fortuna ya está en curso y a la que, por tanto, no tenemos que dar inicio, sino continuar llevando adelante.

Lo avanzado en nuestra convivencia no es sólo mérito de quienes hemos ejercido el gobierno del país en estos años, es mérito de todos los chilenos, de trabajadores y emprendedores, del conjunto de las instituciones, de las fuerzas morales intelectuales y creativas del país, muchos de cuyos representantes nos acompañan hoy.

Treinta años han pasado de la tragedia. Chile y el mundo han cambiado enormemente. La mitad de los chilenos que hoy están vivos no habían aún nacido para ese entonces.

En este día el mundo vuelve sus ojos hacia este lugar que remeció la conciencia de la humanidad hace 30 años. Pero a la vez podemos mirar hoy al mundo para mostrar un país que esta en la senda de la esperanza, de la fraternidad y de la justicia a las que se refirió el Presidente mártir.

No podemos dejar de recordar hoy otro 11 de septiembre ocurrido hace dos años, marcado por la intolerancia y el terror.

Desde este confín del Sur lo hacemos con la convicción surgida de nuestra propia experiencia: es posible superar la violencia y el miedo, aceptar la diversidad y encauzar pacíficamente los desacuerdos.

La comunidad internacional puede y debe enfrentar las duras realidades de hoy con una similar convicción y dotarse de instituciones renovadas que permitan a todas las civilizaciones, culturas y credos convivir en una paz duradera.

En unos días más, al inicio de la primavera, estaremos celebrando 15 años del triunfo que nos puso nuevamente a transitar por los caminos de la democracia, que abrió paso al Chile de hoy.

A ese Chile que goza de un enorme prestigio en el mundo por su progreso, por el ejercicio de sus libertades, la solidez de sus instituciones y por la plena integración de sus instituciones militares al orden democrático.

Ese Chile libre que cristaliza en la apertura de las puertas de La Moneda y donde hoy se ha restablecido la tradicional puerta que simboliza nuestro sello republicano.

Hemos avanzado, pero debemos seguir avanzando más en nuestra reconstrucción democrática y en el afianzamiento de las libertades públicas.

Hemos avanzado, pero debemos seguir avanzando en lograr un país más justo, sin pobreza extrema, con mayor igualdad social.

Hemos avanzado, hemos avanzado mucho, pero debemos seguir avanzando en una convivencia basada en el respeto, el pluralismo, la tolerancia, y la unidad del alma nacional.

Así y sólo así ese sacrificio de hace 30 años cobrará todo su sentido. Sólo así las anchas alamedas terminarán de abrirse del todo para los hijos de esta tierra.

Chile, con su memoria completa y no fragmentada, será cada vez un país más humano, más unido, más confiado.

Será un Chile mejor.

